

TCL 21064

LAS ENCUADERNACIONES DE LOS SIGLOS XV, XVI Y XVII DE LA BIBLIOTECA PUBLICA DE TOLEDO

Excmos. e Ilmos. señores; Ilmos. señores académicos; señoras y señores:

En primer lugar quiero dar las gracias a esta Ilustre Academia de la que han formado parte tantos eminentes españoles, por haber tenido la gentileza de elegirme para pertenecer a ella, sin más mérito por mi parte que mi acendrado amor a Toledo y a sus Bibliotecas Públicas a cuyo frente estoy desde el año 1959.

El discurso que van a escuchar es un pequeñísimo resumen del libro que pienso publicar. De los 600 libros cuyas encuadernaciones he tenido que catalogar para hacer con cierta garantía este trabajo y de las 125 diapositivas que poseo, realizadas por el experto fotógrafo que es el académico don Julio Porres, a quien doy las gracias por las molestias que le he podido ocasionar, he tenido que elegir 44, desechando muchas tan bellas o incluso más que las que van a ver, pero que resultaban menos representativas de los grupos que he tenido que establecer para dar mayor claridad a mi disertación. Si veo que a pesar de esta rigurosa selección, el tiempo se alarga, pondré un límite a vuestra paciencia y suprimiré las que sean necesarias para que mi discurso no os pese demasiado. Deseo también dar las gracias a otro Académico, don Emilio García Rodríguez, que ha realizado la lectura heráldica de los 21 diferentes escudos que han aparecido en los libros de estos siglos.

LAS ENCUADERNACIONES DE LA BIBLIOTECA PUBLICA DE TOLEDO

El antecedente inmediato de la forma del libro actual se encuentra en las tablillas de madera recubiertas de cera que los griegos

empleaban para hacer anotaciones, valiéndose de un punzón de metal y que eran muy usadas por los escolares y comerciantes. A veces se reunían dos o tres de estas tablillas para formar una especie de cuadernos que recibían el nombre de *diptycha*. A partir del s. I de nuestra era los rollos de papiro o pergamino, incómodos y de difícil manejo, empiezan a coexistir con el pergamino cortado del mismo modo que las tablillas. Las hojas se cosían para formar el *quaternio* (cuaderno). A la reunión de varios de estos cuadernos se le dio el nombre de *codex* (códice). Con el nacimiento del *codex* surge el oficio de ligator (de *ligare*: unir) que unía los cuadernos con una costura con nervios. Para preservar a esos cuadernos del frotamiento y del uso utilizaba, a modo de tapas, dos tablillas de madera. Nos encontramos aquí con el antepasado del encuadernador. Hay que hacer notar que de la palabra *ligator* deriva la francesa *relieur* (encuadernador).

Las primeras encuadernaciones utilizaron o imitaron las tablillas esculpidas en marfil que los cónsules romanos ofrecían cuando eran nombrados para tan señalado cargo y en las que se solía grabar su efigie y variadas escenas. Los libros sagrados: Evangelarios, Misales, Salterios fueron los que más se beneficiaron de estas tapas hechas de marfil a las que pronto se añadieron el oro, las piedras preciosas y el esmalte. Los ejemplares que de estas encuadernaciones se conservan son muy escasos a causa, en gran parte, de los repetidos saqueos y guerras de la Edad Media que los han hecho desaparecer. Conocemos la existencia de muchos de ellos a través de documentos e inventarios que describen la suntuosidad de las cubiertas de estos libros sagrados

Pero al lado de estas ricas encuadernaciones que recubrían libros de especial valor empezaron a realizarse otras de carácter más económico que preservaban del desgaste natural por el uso a los libros que se copiaban cada vez en mayor cantidad en los monasterios o residencias de nobles o príncipes y en los talleres que surtían de libros a las Universidades; nace y se desarrolla entonces la técnica de la encuadernación que se mantiene en lo fundamental hasta nuestros días. Las hojas se cosían sólidamente con los nervios, y a continuación se colocaban unidas a ellos las cubiertas de madera de pino, encina, olmo, etc., sobre las que se escribía el título de la obra. Para impedir que el pergamino se abarquillara bajo el efecto del

calor se ataba el libro con una correa, que más tarde se sustituyó por dos tiras de pergamino o cuero sujetas a la encuadernación por abrazaderas de metal.

Pronto la piel de cerdo, venado, cabra o becerro vino a recubrir y enriquecer las toscas tapas de madera. En un principio la piel no estaba decorada, pero ya en los comienzos de la Edad Media se pensó en adornarla estampando en ella rosáceas, cruces, cuadrifolios, círculos, etc., por medio de pequeños taquitos en relieve hechos en maderas duras (peral o boj). El cuero se humedecía y a continuación se presionaba fuertemente con el taco hasta el secado de la piel, con lo que se obtenía la decoración deseada en relieve. Estos tacos de madera tenían la desventaja de que se gastaban rápidamente con el uso y por ello fueron sustituidos con el tiempo por otros realizados en hierro o cobre que además de resistir una utilización prolongada tenían la cualidad de poder calentarse, con lo que se conseguía una traza más profunda y neta, sobre el cuero, del motivo a grabar y en un tiempo más rápido. Estas placas en metal fueron designadas con el nombre de hierros y en recuerdo de sus predecesoras de madera, que no resistían la acción del fuego, se utilizó la expresión "hierros fríos" para referirse a la decoración ejecutada sobre el cuero humedecido con hierros calentados, pero en la que no se utiliza el oro, en cuyo caso se habla de "hierros dorados". El uso de las placas en metal se completó en el s. XV con la invención de la rueda, disco de cobre unido a un mango, terminado en una horquilla por su centro. Con esta rueda se pueden ejecutar toda clase de filetes o grabar en su parte rodante numerosos motivos que estampados en el cuero, previo calentamiento, forman grecas continuas.

Con el empleo del oro en la encuadernación, a fines del s. XV, puede afirmarse que la Edad Media legó a las épocas posteriores un oficio artístico plenamente evolucionado, apto para realizar en los siglos venideros esas maravillosas encuadernaciones que son verdaderas joyas y motivo de orgullo de bibliotecas y bibliófilos.

Son pocos los ejemplares de encuadernaciones de cuero con estampaciones de los primeros siglos, sustituidas como han sido muchas veces por otra de época posterior. En otras ocasiones las guerras religiosas y las quemas de libros que traían consigo —recuérdese la realizada por el Cardenal Cisneros— han hecho desaparecer antiguos y bellos ejemplares.

Cada país, con los elementos técnicos y artísticos de que disponía ha creado distintos tipos de encuadernación que permiten diferenciar las obras salidas de sus talleres y hablar de encuadernaciones italianas, francesas, alemanas, españolas, árabes, persas, etc. En alguna época se produce un mayor florecimiento artístico o técnico en unos países que en otros, lo que hace que los más evolucionados influyan en los limítrofes y en aquellos con los que tienen mayores lazos comerciales o políticos.

A continuación reseñaré sucintamente la evolución general de la encuadernación en Europa, deteniéndome especialmente en la española, por ser ésta la que cuenta con mejores y más abundantes muestras en la Biblioteca Pública de Toledo.

Como ya he dicho más arriba, aunque se conocen algunos ejemplares de época relativamente antigua, hay que llegar a los siglos XII, XIII y XIV para encontrar ejemplos más numerosos.

En estos siglos la decoración dominante en la mayoría de las encuadernaciones procedentes de los distintos países europeos, consiste en la repetición de motivos sencillos que se van complicando a medida que el tiempo pasa. En un principio son las rosáceas de diversas formas y las cruces los elementos dominantes, que más tarde se completan con animales fantásticos: quimeras, dragones, grifos, etc., dispuestos en grecas concéntricas o en rombos o losanges formados por líneas diagonales que se entrecruzan, cuando no dispuestos por la cubierta con entera libertad.

En el s. XV estos hierros se enriquecen con nuevos motivos: la flor de lis, la rosa, el ciervo, el león heráldico, el dragón, el jabalí y hasta el de la ardilla royendo nueces.

Al final del s. XV y a causa, principalmente, de la gran abundancia de libros, que los procedimientos mecánicos de impresión multiplicaban, se buscó la forma de poder decorar las cubiertas de un modo más rápido y económico y fueron, al parecer, Holanda y Alemania las naciones que dieron la solución al problema con el descubrimiento de la encuadernación de placas, llamada así porque en lugar de los pequeños hierros sueltos, cuyo manejo era complicado y difícil, se empleaban en la ornamentación del cuero placas de metal, que se imprimían de una sola vez, en las que se grababa el diseño de la cubierta entera, cuando se trataba de libros de pequeño formato. En el caso de libros de gran tamaño la plancha se repetía,

según las dimensiones, dos o cuatro veces. A este invento se unió el de la rueda, de la que he hablado más arriba, que tan gran papel desempeñará en las encuadernaciones renacentistas de algunos países, entre ellos España, como luego veremos.

También es en el siglo XV cuando aparece por primera vez el oro usado como elemento primordial en la encuadernación de libros, en Italia principalmente.

Vamos a ver a continuación la evolución que durante el período que acabamos de reseñar tiene la encuadernación española y la gran influencia que ejerció en el desarrollo de la técnica de la encuadernación europea de estos siglos.

En el estudio de la encuadernación española de estas centurias hay que tener en cuenta un hecho que no puede olvidarse en el análisis de cualquiera de las manifestaciones históricas y culturales españolas: la dominación árabe. En el campo de la encuadernación la influencia del arte y de la cultura árabe es decisiva y de primer orden. Los árabes al invadir España trajeron entre otra serie de técnicas artísticas la del trabajo y decoración de las pieles, que en España y sobre todo en Córdoba, tuvieron tan especial relieve y perfección que se conocía con el nombre de cordobanes a las pieles perfectamente trabajadas y adornadas importadas de la Península Ibérica. En Francia el nombre dado a los zapateros: *cordouonier* y *cordonnier* tiene su procedencia en la palabra cordobán, lo mismo que las voces que designan ese oficio en los Países Bajos e Inglaterra.

Los cordobanes y guadamecies españoles tuvieron desde fecha muy temprana una gran aceptación no sólo en la Península, sino en el extranjero, por la magnífica preparación, repujado y cincelado del cuero y por las estampaciones realizadas con punzones metálicos, que se realizaban con el dorado y la policromía o el mosaicado de las pieles, embutiendo unas en otras, después de teñirlas de diferentes colores.

La industria de los guadamecies se practicó no sólo en Córdoba sino también en Toledo, Ciudad Real, Barcelona, Sevilla, Valladolid, etc.

Por estas razones será España, donde se realizaba el trabajo de las pieles con tanta perfección, la que enseñaría la técnica del dorado y plateado del cuero a Italia, a través de Nápoles, donde un rey ara-

gonés, Alfonso V el Magnánimo, había fijado su residencia en el siglo XV, después de añadir este nuevo dominio a su corona.

Con las pieles así trabajadas y adornadas, se recubrían paredes, arquetas, cojines, se confeccionaban manteles, a estilo oriental, y para no hacernos más prolijos se encuadernaban libros.

Otra novedad que se empleó en España siglos antes que en el resto de Europa fue el uso del cartón en las encuadernaciones, según costumbre árabe, que más tarde se difundiría en otros países, el primero de ellos Italia, con la que nos unían tantos lazos políticos, donde la afamada familia de los Aldos lo empleó con gran acierto en sus manejables ediciones de los clásicos.

Las investigaciones de eruditos extranjeros como Werner Goldschmidt¹ y Henry Thomas² y la Exposición de encuadernaciones españolas de los siglos XII al XIII celebrada en Madrid en el año 1934³ han puesto de manifiesto que fue España el primer país de Europa en el que se empleó el oro en láminas para la decoración de encuadernaciones; en un principio se aplicó solamente en botones y círculos, como se comprueba en algunos ejemplares conservados y en los inventarios de Bibliotecas que pertenecieron a reyes y grandes personajes, en las que se habla de estas improntas doradas e incluso se mencionan escudos reales o nobiliarios, también dorados, en una fecha (fines del s. XIV o comienzos del s. XV) en que esta técnica del oro no se practicaba en la decoración de los libros en ningún otro país del viejo continente. (Las encuadernaciones venecianas contemporáneas en que también se emplea el oro lo hacían en forma líquida y no en hojas).

Se ha confirmado que esta técnica del dorado la llevaron a Italia, donde aparece usada por primera vez en Nápoles en 1480, los reyes aragoneses Alfonso V el Magnánimo y Fernando de Nápoles, grandes bibliófilos los dos. La biblioteca del rey Matías Corvino, una de las primeras que adoptaron el oro en la encuadernación de los libros que la componían, se sabe que fue encuadernada por artesanos

¹ WERNER GOLDSCHMIDT: *Spanish bookbinding from the XIIIth to the XIXth century*. London, Apollo, 1934.

² HENRY THOMAS: *Early Spanish bookbindings XI-XV centuries*. London, 1939.

³ FRANCISCO HUESO ROLLAND: *Exposición de encuadernaciones españolas. s. XIII al XIX. Catálogo general ilustrado*. Sociedad Española de Amigos del Arte. Madrid, 1934.

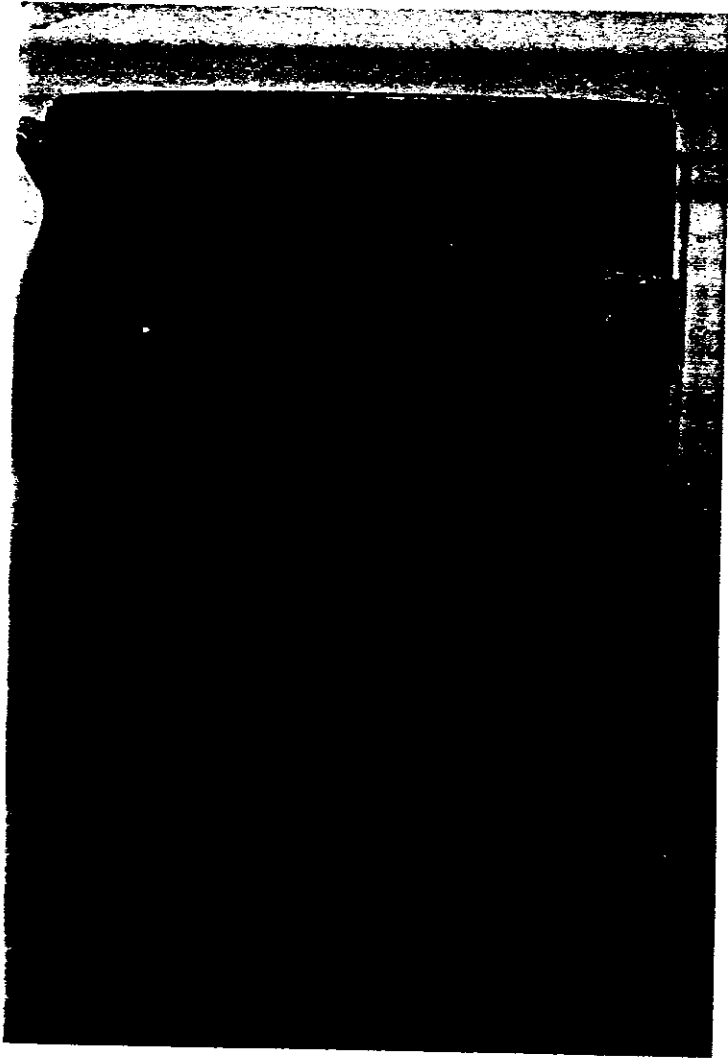


Lámina II. Encuadernación mudéjar de Pacería. S. XV

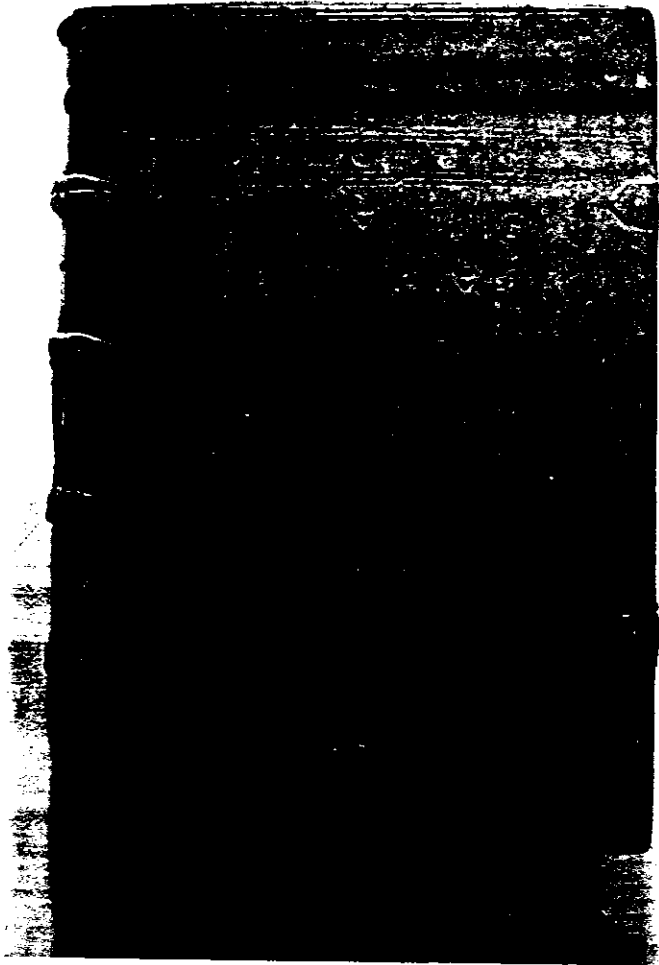


Lámina I. Encuadernación gótica. S. XV

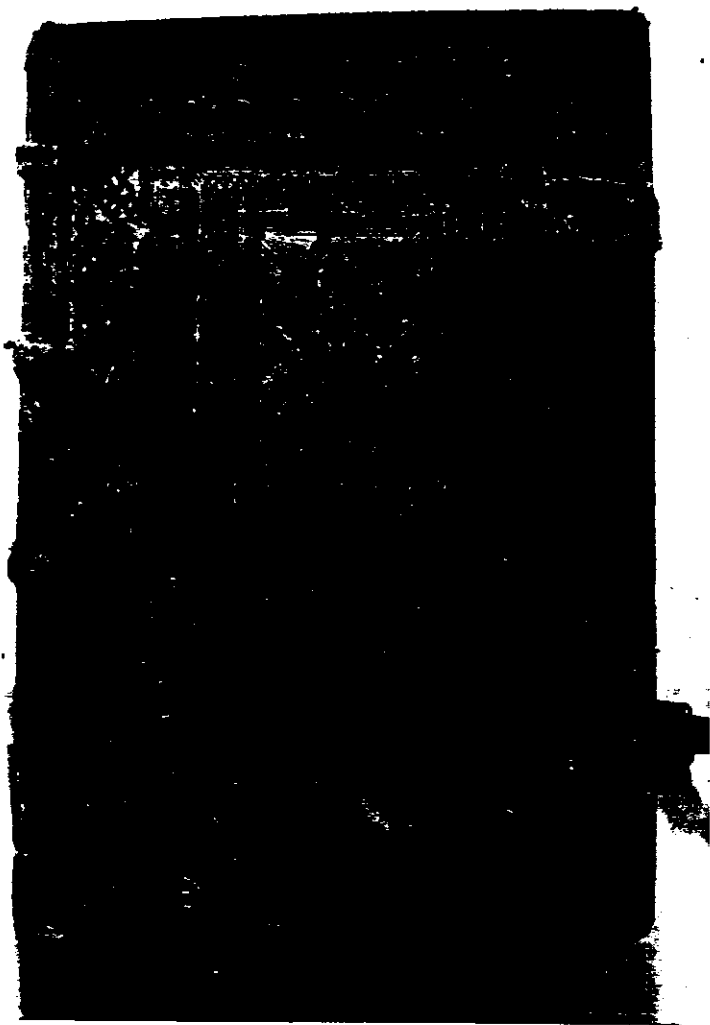


Lámina III. Encuadernación mudéjar. S. XVI

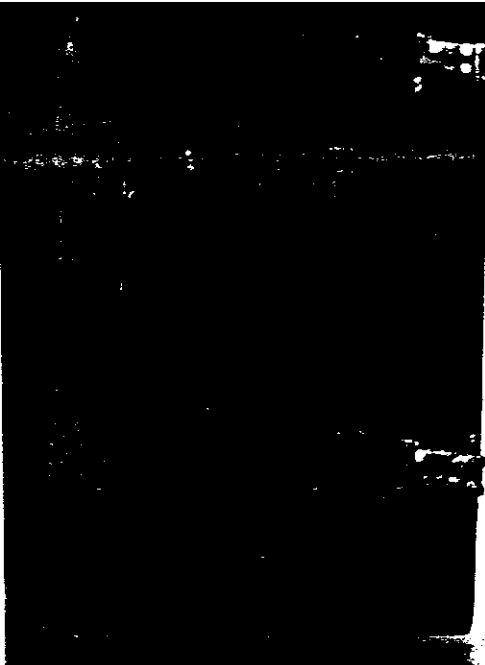


Lámina IV.
Encuadernación mudéjar.
S. XVI

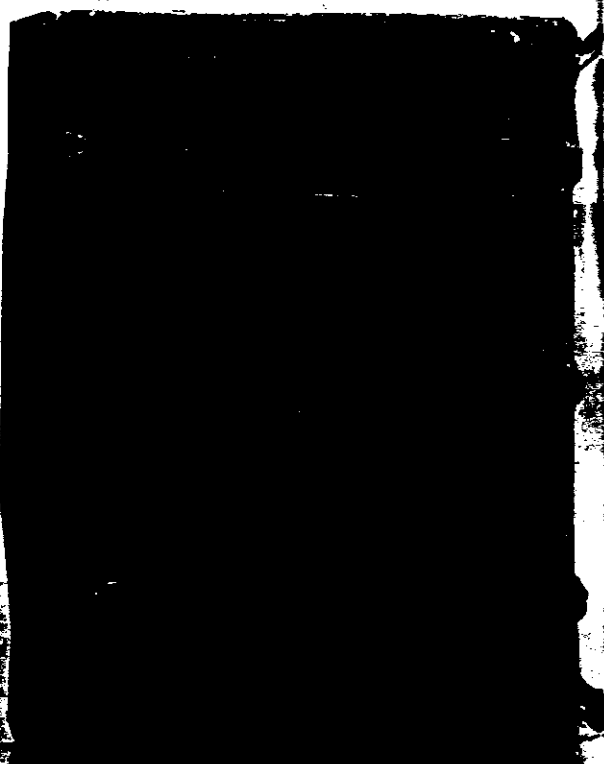


Lámina V.
Encuadernación
mudéjar.
S. XVI

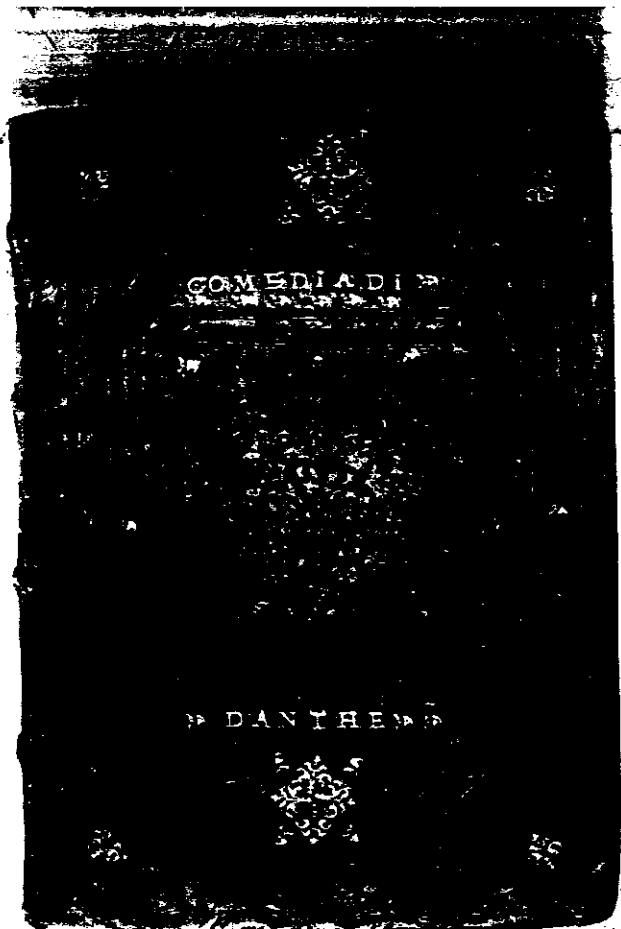


Lámina VI. Encuadernación mudéjar renacentista. S. XVI.
Grafado y oro



Lámina VII. Encuadernación renacentista.
Filetes y florones gofrados

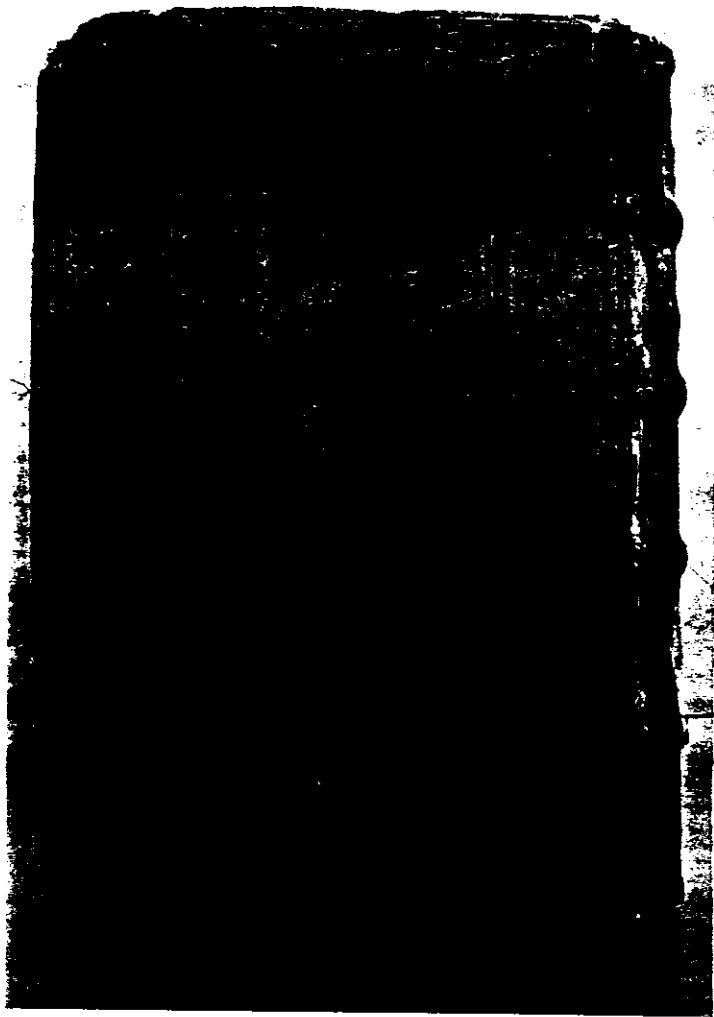


Lámina VIII. Encuadernación renacentista. Filetes dorados y escudo de Toledo, también dorado, en el centro

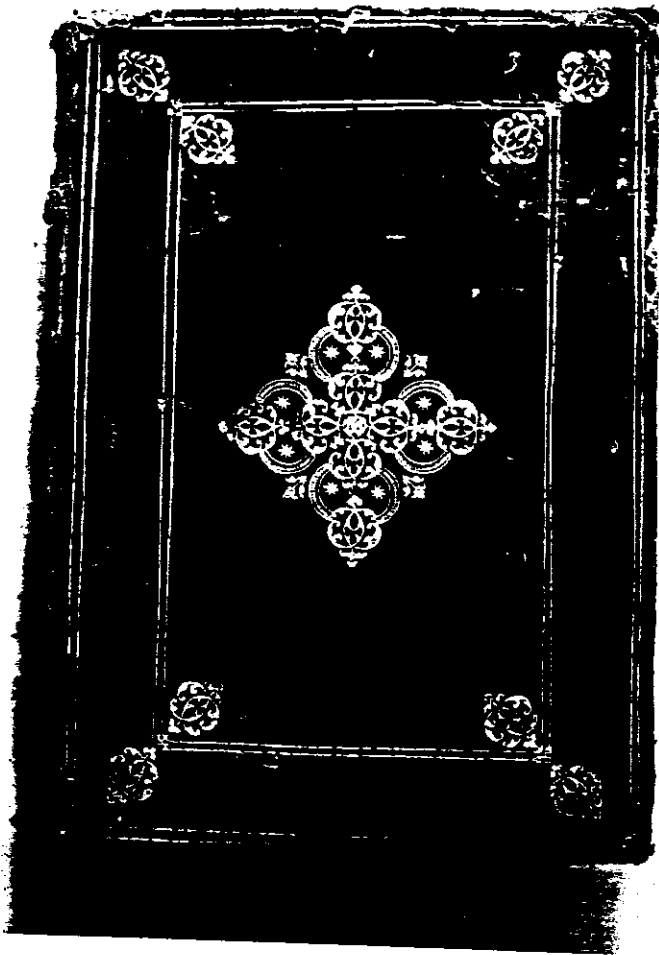


Lámina IX. Encuadernación renacentista.
Filetes y florones dorados



Lámina X. Encuadernación renacentista

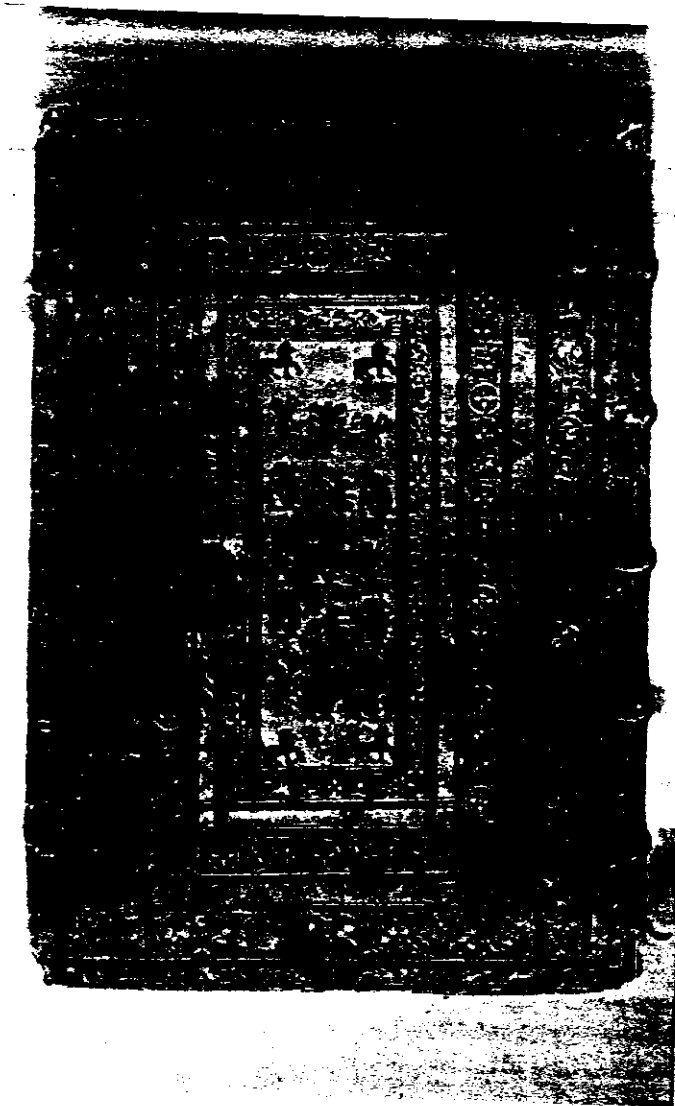


Lámina XI. Encuadernación renacentista con abigarrado adorno central

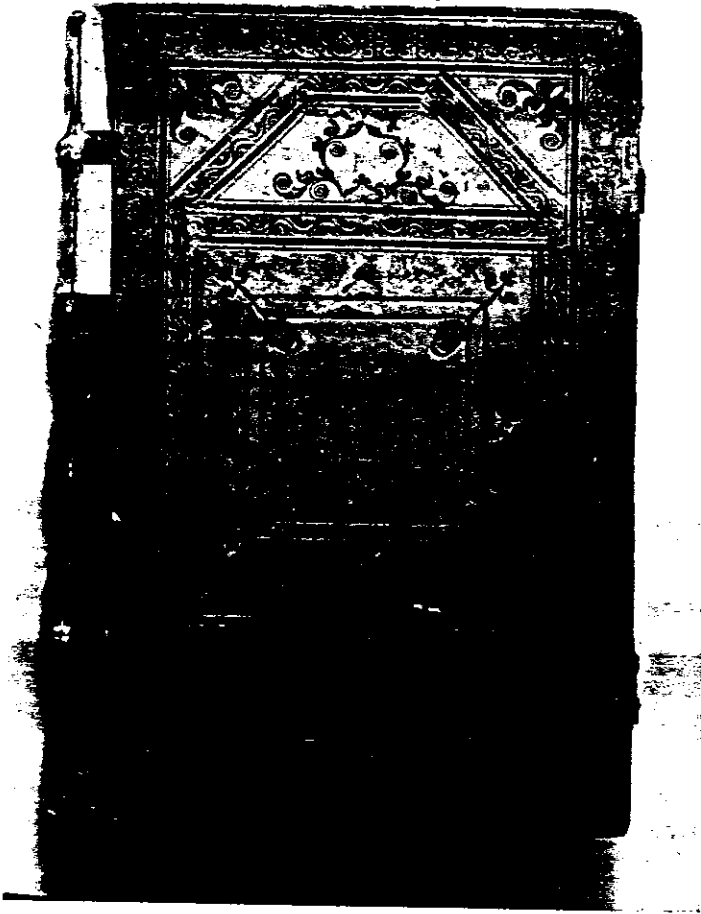


Lámina XII. Encuadernación renacentista.
Rombo inscrito en un rectángulo



Lámina XIII. Encuadernación renacentista.
Rombo inscrito en un rectángulo



Lámina XIV. Encuadernación renacentista.
Exágono inscrito en un rectángulo

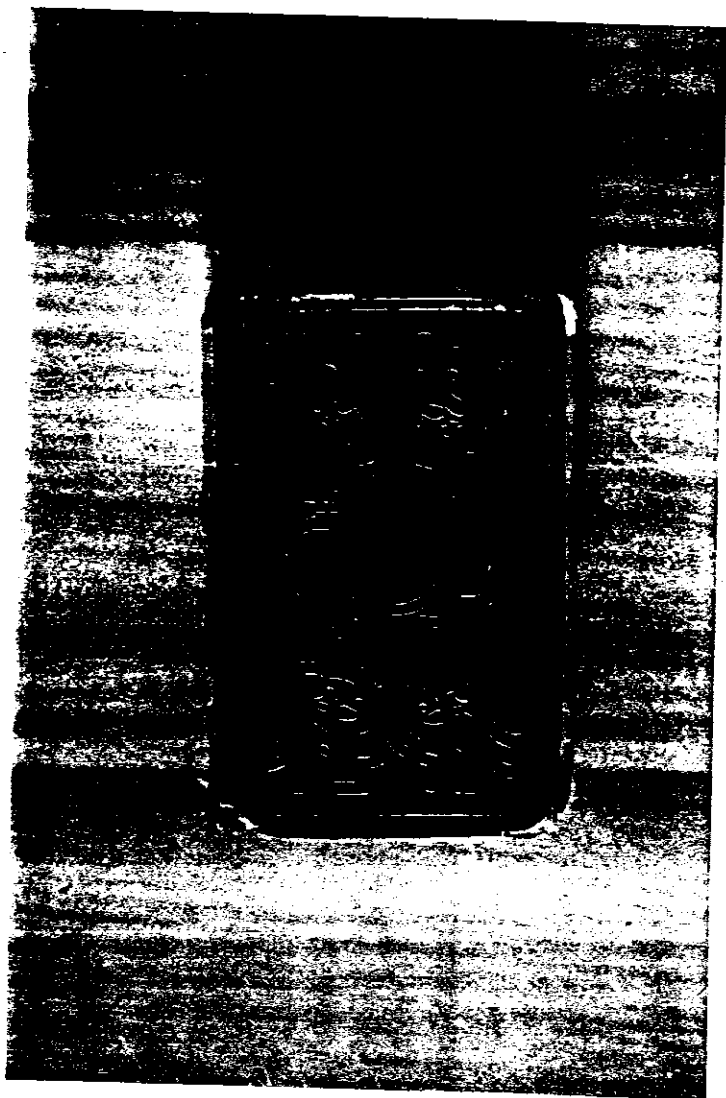


Lámina XV. Encuadernación renacentista francesa

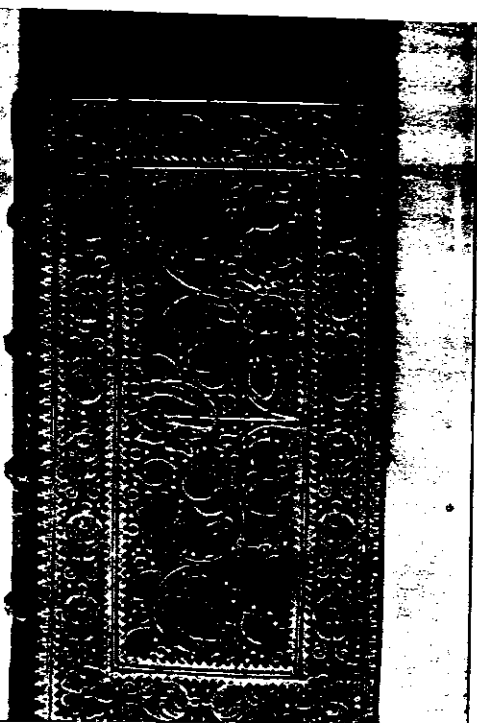


Lámina XVI. Encuadernación renacentista alemana

Lámina XVII.
Encuadernación italiana.
S. XVII



Lámina XVIII.
Encuadernación francesa
de "pointillé".
S. XVII



napolitanos que habían aprendido la técnica del dorado de operarios españoles llevados por los cultivados reyes aragoneses. Y esto fue así porque el citado rey de Hungría estaba casado con Beatriz, hija de Fernando de Nápoles. A su vez Carlos VIII de Francia, después de apoderarse de ella, llevó a París, donde contribuyó a la difusión del empleo del dorado en la encuadernación de libros, parte de la biblioteca de Alfonso V el Magnánimo, que se conserva hoy día en la Biblioteca Nacional francesa. Esta técnica que empleada con maravillosa habilidad y perfección produciría obras maestras en el s. XVI tuvo un origen árabe y se divulgó a toda Europa a través de España.

Durante los siglos XII, XIII, XIV y XV, podemos distinguir en las encuadernaciones españolas tres tipos: mudéjar, gótico y gótico-mudéjar.

I. ENCUADERNACIONES GÓTICAS

Las encuadernaciones góticas tienen en España las mismas características que en el resto de Europa. Orlas concéntricas en las que se utiliza como motivo decorativo las águilas, castillos y leones, flores de lis, etc., aunque dispuestas de forma que dan al conjunto un carácter marcadamente hispánico, o bien filetes que forman los típicos rombos o losanges, en el centro de los cuales se emplean, como adorno, los hierros anteriormente citados.

La Biblioteca Pública de Toledo no posee, desgraciadamente, encuadernaciones artísticas anteriores al siglo XV. El más antiguo ejemplar del tipo gótico parece corresponder a la encuadernación que recubre el libro de Georgius Merula, *Comentarii in Juvenalem et Ciceronis orationem*, impreso en Venecia por Gabriel Petrus y encuadernado con las *Declamationes* de Marco Fabio Quintiliano que salieron de las prensas del impresor Lucas Venetus en Venecia en el año 1481 (Lám. I)⁴. No puede ser, pues, la encuadernación anterior a esta segunda fecha.

Se trata de un ejemplar cuyas tapas de madera están recubiertas de becerrillo. La decoración se consigue a base de dos grecas paralelas de motivos vegetales estilizados, semejantes a cardinas, a las

⁴ Sign. 1/134.

que cortan perpendicularmente otras dos, formando un rectángulo que enmarca la cubierta. Filetes en diagonal, cruzados por otros en sentido inverso, originan losanges o rombos en los que se insertan motivos florales y zoológicos (ciervos) que también están esparcidos por el resto de la cubierta. El lomo está cosido con cuatro grandes nervios; conserva el ejemplar sus abrazaderas de metal.

No cesa, sin embargo, la influencia del estilo gótico en las encuadernaciones con el s. XV. En el s. XVI perdura, en algunos ejemplares, la disposición típicamente medieval de los elementos decorativos que embellecen la cubierta: tal es el caso de los rombos o losanges o de los cuadrifolios. Un ejemplo de este aserto es el libro de Macrobio, Ambrosio Aurelio Teodosio, titulado *Macrobius... integer*, Venetiis, 1513 (Sign. R-320). Se trata de una encuadernación en becerrillo sobre cartón con una greca gofrada de motivos vegetales estilizados que encuadra la cubierta. El rectángulo interior está adornado con una serie de filetes que se entrecruzan dando origen a rombos o losanges, en el centro de los cuales se encuentra un pequeño motivo decorativo en forma de aspa.

Existen también en la Biblioteca encuadernaciones que aunan los elementos góticos con los mudéjares como veremos al ocuparnos de estas últimas.

II. ENCUADERNACIONES MUDEJARES

Las encuadernaciones mudéjares muestran la influencia del arte árabe que les sirve de modelo, pero con caracteres propios, típicamente peninsulares, como ocurre en el caso de las demás artes mayores, que llegan a su culminación en Al-Andalus, donde se dan nuevas soluciones a problemas planteados desde antiguo en Oriente.

Las encuadernaciones mudéjares más complicadas y bellas se distinguen por el empleo de lacerías de diferentes tipos que se desarrollan por toda la cubierta según modelos diferentes. Los campos libres que dejan estas cintas entrelazadas se rellenan con pequeños hierros de distintas clases, generalmente en forma cabliforme o sea en forma de cable o cuerda y pueden dar lugar a un número indefinido de variantes.

La Biblioteca Pública de Toledo conserva una encuadernación de este tipo, la que embellece las cubiertas del libro de San Gregorio

Magno, *Moralia seu expositio in Job*, impreso en Venecia por Raynaldus de Novimagio en el año 1480 (Lám. II)⁵. Es de las del tipo que Hueso Rolland considera de carácter toledano y a la que cita en su libro⁶. Se trata de una encuadernación mudéjar del s. XV en becerrillo sobre tabla. En la cubierta superior decoración a base de una greca de cordoncillo, subrayada a ambos lados por filetes, que enmarca la cubierta. Bordeando esa greca la siguiente inscripción en mayúsculas, muy borrosa, en la que se lee: O GLORIOSA DOMINA SUPER SIDERA QUI TE CREAVIT PROVIDE LATASTI SACRO UBERE QUOD EVA TRISTIS ABSTULIT. En el rectángulo así formado campea una estrella de doce puntas que da lugar a numerosos entrelazos entre los que se han estampado pequeños hierros. Alrededor de la estrella se encuentra la siguiente inscripción circular, también muy borrada, en la que se adivina más que se lee las siguientes letras: IHS XPS D[1] S ALMO GERMINE. La cubierta inferior se diferencia de la ya descrita en la inscripción de la que sólo es posible distinguir las palabras que se transcriben a continuación: GLORIA [TI] BI DOMINE QUI NATUS ES DE VIRGINE. Lomo con nervios. Cortes punteados y teñidos de rojo. Conserva parte de las abrazaderas en cuero y metal.

Pero la mayoría de las encuadernaciones mudéjares que posee el Centro son del tipo siguiente: una o varias orlas o grecas, realizadas con hierros de cordoncillo, del mismo o diferente diseño, separadas por entrecalles lisas o adornadas con filetes paralelos. El rectángulo central, separado a su vez de la última greca por otra entrecalle, se encuentra recubierto por completo de hierros mudéjares o bien por esos mismos hierros alternados con espacios libres, procedimiento con el que se logra un bello efecto decorativo (Lám. IV).

El libro *Opera* de Jenofonte, Florentiae, In aedibus Philippi Iuntae, 1516 (Lám. III)⁷ está decorado con tapas de cuero en su color sobre armazón de madera. Dos grecas mudéjares de distinta factura forman dos rectángulos paralelos. El rectángulo central está a su vez dividido en dos partes por una nueva greca. En los cuadrados resultantes se insertan unos rombos circundados también por filetes. El interior de estos rombos está decorado con el mismo hierro de cor-

⁵ Sign. Inc. 180.

⁶ FRANCISCO HUESO ROLLAND: *Exposición de encuadernaciones españolas. Siglos XVII al XIX*. Madrid, Sociedad Española de Amigos del Arte, 1934.

⁷ Sign. 4171.

doncillo que divide el rectángulo. Hay que hacer notar que la primera greca cabliforme, la más ancha, compuesta por cuatro cabos, lleva en los rombos interiores de la parte central una flor de lis como motivo ornamental, pervivencia de la tradición gótica. El lomo con nervios se adorna con filetes paralelos. Posee el ejemplar abrazaderas de metal.

Además de las encuadernaciones que pudiéramos llamar de tipo mudéjar puro existen otras que mezclan los caracteres mudéjares bien con elementos góticos (s. XV y primeros años del s. XVI) como la anterior, bien con adornos renacentistas (s. XVI).

La alternancia de hierros de cordoncillo con flores de lis se aprecia en la obra *Monumenta Ordinis Minorum*. [Al fin: Salmanticae, Johannes de Porras, 1506] (Lám. V)⁸. En esta última el rectángulo central está cuajado de hierros mudéjares que componen una especie de imbricado. Tiene esta encuadernación la particularidad de que las tapas se prolongan por ambas partes varios centímetros protegiendo así el corte paralelo al lomo. Esas prolongaciones se adornan con sendas ondas cabliformes. Se ve en esta encuadernación una reminiscencia de las encuadernaciones árabes y mudéjares de cartera.

Los elementos góticos que acompañan durante el siglo XV y principios del XVI a algunas de las encuadernaciones mudéjares son sustituidos por los renacientes hacia el segundo tercio del s. XVI. Tal es el caso de la obra de Dante, *Comedia*. [Al fin: Venetia, Jacobus de Burgofranco, 1529] (Lám. VI)⁹. Se emplea en esta encuadernación la técnica de los hierros en frío y dorados. La decoración se consigue a base de un triple filete que enmarca la cubierta. Inserto en él va un octógono formado por una greca cabliforme. A su vez este octógono encierra un cuadrado, trazado con otra greca mudéjar, más sencilla que la anterior. A ambos lados del cuadrado floranones dorados; otros más pequeños, también dorados, en las esquinas. Título en oro, subrayado por floroncillos en el mismo material. En el centro del cuadrado inscrito en el octógono gran florón hecho con hierros fríos. Los floranones son típicamente renacientes.

Las últimas obras conservadas en la Biblioteca donde se rastrea la influencia mudéjar son dos ejemplares de las obras de Marsilio Ficino, impresos en Basilea, hacia 1576 (Sign. 16355 y 20506). Están

⁸ Sign. R-24.

⁹ Sign. R-152.

realizadas las cubiertas en piel teñida de rojo y también alterna la técnica del oro con la gofrada. Una orla de inspiración mudéjar está separada por una entrecalle lisa de otra constituida de roleos y florecillas. Las esquinas y el centro se enriquecen con florones dorados.

III. ENCUADERNACIONES RENACENTISTAS

Es el conjunto mejor representado en la Biblioteca Pública de Toledo, a excepción del s. XVIII, del cual posee bellísimas y abundantes muestras.

Dejando aparte las encuadernaciones de tipo corriente realizadas en pergamino y las hechas en piel vuelta y adornadas con simples filetes gofrados, podemos agruparlas en dos apartados:

1. El que emplea en la decoración filetes y florones.
2. El que tiene como principal motivo de adorno las grecas.

Dentro de estas dos divisiones se pueden hacer subgrupos, como luego veremos:

I. ENCUADERNACIONES QUE TIENEN COMO PRINCIPAL MOTIVO DECORATIVO FILETES Y FLORONES

Este tipo de encuadernaciones se compone de uno o más filetes ya agrupados, ya espaciados, que forman rectángulos paralelos cuyos ángulos y esquinas se adornan con florones. El centro del rectángulo interior se suele decorar con un florón de mayor volumen (que resulta de agrupar cuatro florones simples en forma de cruz) un escudo, un monograma (es muy corriente en las encuadernaciones que estamos reseñando el monograma del nombre de Jesús y el de María o ambos en un mismo libro) figuras de animales, querubines, etc.

Dentro de este apartado se pueden hacer tres subgrupos: a) Encuadernaciones decoradas con filetes y florones gofrados, b) con filetes y florones dorados, c) con filetes gofrados a los que acompañan florones dorados; una variante es aquella en que los florones son

de las dos clases: gofrados y dorados dentro de la misma encuadernación.

a) *Encuadernaciones decoradas con filetes y florones gofrados.* En esta clase de encuadernaciones los filetes, realizados con rueda y los florones, estampados con hierros, están hechos en frío, es decir, sin que intervenga el oro en la decoración. La mayor o menor riqueza de la encuadernación consiste en el número de adornos que acompañen a los filetes. Puede servirnos de ejemplo la obra de Giovanni Francesco Poggio, en la cual no consta lugar de la impresión, ni impresor, pero cuya fecha es 1513 (Sign. 20687). En ella las tapas están decoradas con cuatro series de filetes paralelos, espaciados. En las esquinas de los rectángulos, así obtenidos, se han estampado pequeños florones. Otros de mayor tamaño decoran las esquinas y el centro del rectángulo más interior.

El libro de Johann von Eck: *Homelie super Evangeliiis de tempore* (s.l. s.i.) (s.a.: 1533?) (Lám. VII)¹⁰ está recubierto de cuero, sobre tapas de cartón, en las que dos grupos de filetes forman sendos rectángulos. El central está adornado con florones en las esquinas. En el interior un escudo contenido en una cartela y dos grifos, uno a cada lado.

b) *Encuadernaciones decoradas con filetes y florones dorados.* Una encuadernación que emplea, sobriamente, los filetes dorados y los florones es la que recubre la *Biblia* impresa en Lutetia (París) por Robertus Stephanus en el año 1545 (Lám. VIII)¹¹. Un detalle de gran interés para la ciudad de Toledo es que en la cubierta campea su escudo: el águila bicéfala coronada. Como es sabido que en Toledo funcionaban varios talleres de encuadernación en este siglo, no es aventurado afirmar que muy bien pudo ser realizada en alguno de ellos.

Ya he dicho antes que las encuadernaciones decoradas con filetes y florones llevan con frecuencia en el centro de la cubierta un escudo a modo de superlibris, que indica su procedencia o el dueño a quien un tiempo perteneció. Un ejemplo de ello es el libro de Luigi Lipomanno: *Spositioni volgare sopra il simbolo apostolico cioè il*

¹⁰ Sign. 17312.

¹¹ Sign. 4-1266.

credo. Vinegia, Girolamo Scoto, 1545 (Sign. 4-1458) en que se puede ver uno en el que figuran 5 águilas.

Un bellissimo y complicado florón dorado campea en la cubierta del libro de Ludovicus a Paramo, *De origine et progressu Officii Sanctae Inquisitionis*. Matriti, Ex Typographia Regia, 1598 (Lám. IX)¹² que revela su cercanía al siglo XVII en que la técnica del dorado se emplea con mayor profusión, sobre todo en España.

c) *Encuadernaciones decoradas con filetes gofrados y florones dorados*. Antes de pasar adelante, quiero hacer notar que el primer caso, entre treinta y un libros en que se encuentra usada, en las encuadernaciones de florones y filetes, la técnica gofrada y dorada aparece en una obra del año 1557 escrita por Onofrio Panvino: *Romani pontifices*. Venetiis, Michael Tramezinus, 1557 (Sign. 17702). Los conocidos floroncillos aldinós dorados, el símbolo del Cordero Místico y dos cabezas de querubines dan contrapunto a los grupos de tres filetes gofrados. Esta encuadernación puede ser muy bien de origen italiano, ya que fue en ese país donde el libro se imprimió. Sin embargo a partir del año 1580 cuenta la Biblioteca con abundantes muestras de este tipo de encuadernaciones. Un ejemplo de ello son las obras de San Ambrosio de Milán, impresas en Roma por Dominicus Basa en 1580 (Sign. 4-21) en que los filetes dorados se complementan con pequeñas grecas, también doradas, en las esquinas y que tienen como motivo decorativo central el monograma del nombre de Jesús dentro de un óvalo circundado de rayos y lenguas de fuego.

2. ENCUADERNACIONES QUE TIENEN COMO PRINCIPAL MOTIVO DECORATIVO LAS GRECAS

Este tipo de encuadernación, la más frecuente en España durante el Renacimiento, entronca con las también usadas en Alemania y Flandes. Las grecas que forman el motivo principal de esta clase de encuadernaciones renacentistas son esencialmente de los siguientes tipos: A) de cabecitas encerradas en óvalos o círculos; B) de animales entre roleos y flores; C) de elementos vegetales solamente; D) de arreos militares y E) de motivos geométricos, aunque este último grupo es muy escaso.

¹² Sign. 4029.

A) *Orlas de cabecitas encerradas en óvalos o en círculos.*

Las orlas de cabecitas encerradas en óvalos o círculos presentan una gran variedad. Generalmente alternan cabezas de perfil con otras coronadas, cubiertas de cascos o capelos y destocadas. Los cascos rematan a veces en forma de cuernos de carnero. A menudo las cabezas, como ya se ha dicho, se representan de perfil, pero en algunos casos cabezas de perfil alternan con rostros de frente, calaveras o jarrones, elementos zoomórficos, motivos vegetales, elementos arquitectónicos, niños desnudos, etc.

B) *Orlas de animales en movimiento o reposo entre elementos vegetales.*

Las orlas de animales en movimiento o reposo entre elementos vegetales aparecen también a lo largo de todo el siglo, ya como único motivo decorativo, ya acompañando a grecas de otro tipo, como las de las típicas cabecitas o las de roleos.

Los animales más frecuentemente representados entre el follaje son los conejos, los gamos, pájaros, grifos, buhos y gallos.

C) *Orlas de elementos vegetales.*

Las orlas de elementos vegetales son también muy numerosas, y de mayor o menor calidad según los ejemplares. Las hay de tipo popular y que revelan poca destreza en el oficio del que las grabó. Otras veces hablan de la maestría del artista que diseñó los hierros y del encuadernador que los estampó. En general puede afirmarse que los más bellos ejemplares pertenecen a la segunda mitad del siglo XVI, aunque existen algunas de gran calidad en los primeros cincuenta años.

D) *Orlas de arreos militares.*

Menos abundantes son las grecas que tienen como motivo arreos militares, cascos, lanzas, escudos, etc.

E) *Orlas de motivos geométricos.*

De motivos geométricos aparecen en un solo ejemplar de muy tosca factura.

Encuadernaciones adornadas:

a) *Con una sola orla.* Son muy escasas y se suelen encontrar en libros de pequeño formato. El rectángulo interior se adorna con florones, figuras de animales, escudos, monogramas, etc.

b) *Con dos o más grecas que enmarcan la cubierta.* Estas grecas pueden ser del mismo o de diferentes modelos. La obra de Gabriel Biel, *In quantum librum Sententiarum* [Al fin: Parisiis, Sumptibus Johannis Parvi, Johannes Bienayse et Jacobi Ferrebouc, 1514] (Sign. R-158) presenta las tapas completamente recubiertas por tres grecas, subrayadas con filetes, de diferentes diseños y de gran belleza. Puede verse en esta encuadernación un influjo de las encuadernaciones mudéjares en la forma de cuajar de adornos toda la cubierta. Muestra en el tipo de grecas empleadas la tradición gótica, sobre todo en la primera, formada por cardinas estilizadas que terminan en cuellos y cabecitas de ave. Esta misma orla vuelve a aparecer más adelante, empleada en las cubiertas de un libro impreso en 1540, mezclada con otras dos de diversos tipos (Sign. 1804). Esta clase de decoración se conserva hasta finales de siglo.

c) *Con dos o más orlas paralelas separadas entre sí por entrecalles lisas.* Dejan libre un rectángulo central que se adorna luego con hierros sueltos: florones, figuras de animales, conchas o veneras, etc.

Es éste, dentro de los subgrupos que pueden hacerse entre las encuadernaciones que emplean las grecas como principal motivo decorativo, el más numeroso y en el que se encuentran algunos de los más bellos y perfectos ejemplares de la colección.

Una gran perfección de detalle y de estampación tienen las tapas de la obra de Marsilius ab Ingen, *Super tertio et quarto libro Sententiarum* [Al fin: Argentina, Ex Officina Martini Flach, 1501] (Lám. X)¹³. La greca del centro tiene la particularidad de que entre cabecitas coronadas, con casco y destocadas alternan calaveras, también encerradas en círculos y motivos zoomórficos, representados por dos cuellos enlazados de ave. El libro de Augustinus Niphus, *Metaphysica*. Venetiis, Heredum Octaviani Scoti, 1526 (Sign. 4035) posee otra bellísima encuadernación de este tipo, en la que destaca

¹³ Sign. R-128.

la perfecta ejecución de las tres grecas, una de tipo vegetal y otros dos de cabecitas entre roleos.

Orlas también de gran finura, de diferente diseño y anchura (la exterior de mayor tamaño, es del tipo de cabecitas de perfil tocadas, con un capelo, entre roleos y flores de diferente perfil; las otras dos de menor anchura y distintas entre sí, alternan rosáceas con roleos) adornan las cubiertas del libro de Augustinus Niphus, *Expositiones in Aristotelis libros metaphysices*. Venetiis, Hieronymus Scotus, 1547 (Lám. XI)¹¹. El rectángulo interior está profusamente decorado con hierros sueltos representando caballos, leones, osos con un instrumento músico que parece una gaita y jarrones con flores. El conjunto resulta por demás abigarrado y es de una gran belleza.

El libro de Jerónimo Osorio, *De rebus Emmanuelis regis Lusitaniae*. Olysippone, Antonius Gondisalvus, 1571 (Sign. 25170) mezcla en los adornos de las orlas cabecitas coronadas y de guerreros, entre roleos y flores. Completan la decoración florones, unicornios enfrentados y un delfín.

Otra encuadernación digna de mención es la que recubre las obras de San Gregorio Magno. Venetiis, Apud Bartholomaeum Rotam, 1571 (Sign. 20542). El diseño de las orlas es de una gran finura. El rectángulo central se adorna con veneras, motivo decorativo muy frecuente, y dos pelícanos.

De las más logradas orlas de tipo vegetal son las que adornan las cubiertas del libro de Benito Arias Montano, *De optimo imperio sive in librum Iosuae commentarium*. Antuerpiae, Christophorus Plantinus, 1583 (Sig. 3790). En el rectángulo central se han decorado las esquinas con florones y su parte media con un escudo cuya descripción heráldica, según don Emilio García Rodríguez, es la siguiente: Escudo de un solo cuartel. Boca germánica. León sedente, siniestrado. Cruz de una traviesa. Capelo episcopal de tres órdenes de borlas. Este mismo escudo se ve en el lomo de la obra de Juan de Torres, *Philosophia moral de principes*. Burgos, Philippe de Iunta y Juan Baptista Varesio, 1596 (Sign. 4117). La encuadernación de esta obra es digna de notarse, no sólo por su perfección, sino porque ostenta el jarrón de flores, símbolo de la pureza de Nuestra Señora,

¹¹ Sign. 24996.

adoptado como emblema por los jerónimos del Monasterio de Guadalupe, leyenda que se advierte en el mismo florero. Es sabido que en este Monasterio existía un importantísimo taller de encuadernación en el s. XVI.

Una variante de este tipo de encuadernación de dos o más grecas separadas por entrecalles lisas la constituyen aquellos ejemplares que repiten una de esas orlas en los cuatro o dos de sus lados para acentuar el efecto decorativo.

d) *Con una o varias grecas paralelas separadas entre sí y de un rectángulo central, recubierto con la misma o distinta orla repetida longitudinalmente dos, tres o cuatro veces.*

Esta disposición de las grecas en la encuadernación es bastante frecuente en los libros de la Biblioteca, durante el s. XVI. No obstante este tipo de decoración suele ser muy inferior en belleza y finura de realización a los grupos anteriores. Los ejemplares, en general, revelan poca pericia y tienen un fuerte sabor popular. Sírvanos de ejemplo el libro de Johannes Rusbrochius, *Opera omnia*. Coloniae, Ex officina Haeredum Ioannis Quentel, 1552 (Sign. 4-3396). Las grecas, de factura muy tosca, son del tipo vegetal, entre roleos. La primera orla se duplica en los lados menores del rectángulo para producir mayor efecto de riqueza, aunque el resultado del trabajo no es seguramente el que el encuadernador hubiera deseado. No quiere esto decir que no haya algunas encuadernaciones que presenten grecas de mayor calidad, pero estos ejemplares son escasos.

A mi parecer estas encuadernaciones imitan los modelos mudéjares en los que una orla de hierros de cordoncillo compone una greca que encuadra la cubierta y en que el rectángulo interior, separado de ella por una entrecalle se recubre con pequeños hierros.

e) *Con orlas que adoptan la forma de figuras geométricas o dibujos mixtilíneos que se insertan en otra greca que corre paralela a la cubierta enmarcándola.* Los espacios libres se adornan con toda clase de motivos, florones, animales, jarrones, etc., preludiando, con su riqueza decorativa, la encuadernación barroca.

El primer ejemplo de esta clase de encuadernación corresponde a la cubierta de una obra de Aristóteles, *Topica inventio*. Parisiis, Ioannes Roigny, 1540 (Sign. 647). Se trata de un ejemplar no todo lo bien conservado que debiera, pero de gran riqueza decorativa.

Está adornado con grecas, la primera de las cuales enmarca la cubierta: la segunda se adentra en el rectángulo central en sus cuatro lados, dando lugar a otros tantos cuadrados que se enriquecen con florones. La figura mixtilínea central se decora con flores de lis, florones y cuatro hierros representando al ave fénix, que se inclina sobre sus crías. En la cubierta se ha escrito el comienzo del título: *Topicorum* y las letras D.F. y D.C. El conjunto es de gran originalidad.

Las grecas que adornan esta encuadernación son del tipo de las cabecitas encerradas en óvalos, pero en la orla interior, además de los rostros de perfil, se ve una calavera de frente, encerrada en su correspondiente óvalo entre elementos vegetales y zoomórficos.

A pesar de la fecha de esta encuadernación, relativamente temprana, es a partir del segundo tercio del s. XVI cuando las encuadernaciones de este tipo empiezan a ser frecuentes.

Una composición muy original y ya totalmente barroca, aparece en las obras completas de Tito Livio impresas en Francofurti ad Moenum (s.i) 1568 (Sign. 4-5347). La decoración se ha logrado a base de orlas que forman unas a modo de cruces de brazos desiguales. El centro de la encuadernación lo preside un cuadrado flanqueado en dos de sus lados con imbricaciones. Este modelo junto con el de los exágonos es muy frecuente también a principios del siglo XVI y según D.^a Matilde López Serrano¹⁵ se inspira en bordados populares de las provincias de Toledo, Salamanca, Zamora o las Alpujarras y constituye "una de las series originales de la encuadernación española".

Grecas que trazan un octógono, incluido en un rectángulo, que a su vez contiene un cuadrado recubren las tapas del libro de Thomas Waldensis, *De sacramentalibus*. Venetiis, Vincentius Valgrisius, 1571 (Lám. XII)¹⁶. El adorno central está formado por un cuadrado, paralelo al primero, hecho con filetes dobles, en cuyos ángulos se repiten unas cabezas de animal (mono) que sostienen sendos aros en la boca, lo que les da un aspecto, a primera vista, de máscaras antiguas. El conjunto resulta sumamente acertado. Las grecas son del tipo de las cabecitas entre roleos estilizados la primera y de elementos vegetales la que forma rectángulo y octógono.

¹⁵ MATILDE LÓPEZ SERRANO: *La encuadernación en España*. Madrid, 1942.

¹⁶ Sign. 20609.

Un bello ejemplo de las encuadernaciones de finales de siglo lo constituye el libro, *Adagia quaecumque ad hanc diem exierunt Pauli Manutii studio atque industria*. Florentiae Apud Iuntas, 1575 (Lám. XIII)¹⁷. Tiene además la ventaja de encontrarse en mejor estado de conservación que otras de este mismo tipo. Dos orlas paralelas de distinto carácter forman marco o encuadramiento. La primera es del clásico tipo de cabecitas entre roleos y flores, y la segunda, de carácter vegetal. Dentro de esta segunda orla se encuentra inscrito un rombo, realizado con otra greca de cabecitas más estrecha que la anterior. Como siempre, multitud de florones diferentes en tamaño y diseño adornan esquinas, centro y espacios libres. El detalle muestra mejor la perfección del estampado de ruedas e hierros.

La misma preciosa greca de movidos roleos y flores, entre los cuales destacan las conocidas cabecitas de perfil, encerradas en óvalos, compone las dos grecas paralelas separadas por una entrecalle, en la segunda de las cuales se inscribe un exágono, que a su vez contiene un rectángulo. En los espacios libres florones, flores, bellotas, fresas, dos símbolos del Cordero Místico y en el centro un grifo. El título del libro que recubre esta encuadernación es: *Bibliotheca homiliarum et sermonum priscorum Ecclesiae Patrum*. Lugduni, Ex officina Iuntarum, 1588 (Lám. XIV)¹⁸.

f) *Encuadernaciones adornadas con grecas que mezclan los procedimientos gofrado y dorado en la decoración.*

No son muy numerosos los ejemplares de este tipo de decoración entre los libros que posee la Biblioteca Pública de Toledo. Además los que quedan están, por desgracia, en bastante mal estado de conservación. Las encuadernaciones de este tipo aparecen ya hacia mediados del siglo (la primera es de 1548) aunque abundan más hacia el año 1570. Uno de los ejemplares más logrados y el que está relativamente mejor conservado es el que adorna las tapas de la obra de Franciscus Titelmanus, *Paraphrastica elucidatio in sacrosancta Iesu Christi Evangelia secundum Matthaeum et Ioannem*. Lugduni, Apud Gulielmum Rovillium, 1556 (Sign. 17150). Los roleos de traza muy movida, rematados en flores, son de una gran belleza. Florones dora-

¹⁷ Sign. 4161.

¹⁸ Sign. 20656.

dos en los ángulos y en el centro un pelicano, dorado igualmente, entre dos floroncillos aldinós gofrados.

* * *

Procederé ahora a describir algunos ejemplares de encuadernaciones que, por su rareza, no se pueden incluir en grupos. De uno de ellos forma parte el libro de Johann von Eck, *Quintae partis declamationis operum in Lutherum et alios*. Ingolstadi, Impensis Georgii Kraffii, 1540 (Sign. 20671). Tiene este ejemplar la particularidad no de estar realizado en pergamino, pues esta materia recubre en forma lisa la mayor parte de los ejemplares de encuadernación corriente de las Bibliotecas, tal como ha sido usual durante siglos, sino de que el pergamino está gofrado, es decir, decorado con adornos en frío, cosa que no se hacía en España en el siglo XVI, aunque era frecuente en otros países como Alemania o Flandes que lo emplean con profusión para sus encuadernaciones de lujo. La decoración por el procedimiento de gofrado, como ya se ha dicho, se ha hecho a base de filetes y orlas que forman un marco o recuadro, engendrando un rectángulo central, adornado con la misma orla repetida dos veces. La rueda es una de las típicas del siglo XVI hecha a base de jarrones, copas, florones, etc. Podía pensarse que esta encuadernación hubiera sido ejecutada en Alemania, lugar en el que está impreso el libro, pero hay que desechar esa hipótesis ante la tosquedad del trabajo que revela poca pericia en el dominio de la técnica en el artesano, incompatible con las obras de extraordinaria finura que los alemanes conseguían en el siglo XVI gofrando el pergamino y de los cuales es una muestra la encuadernación de la *Chronica* de Johannes Aventinus impresa en Frankfurt am Main, Johann et Sigmund Fiyerabendt de 1580, que pertenece al Sr. Heberlein.

Otra encuadernación que destaca por su rareza es la que recubre un pequeño ejemplar del *Libri Profetarum*. Lugduni, Sebastianus Gryphus, 1542 (Lám. XV)¹⁹. Las lacerías que adornan las tapas parecen estar inspiradas en las de nuestras encuadernaciones mudéjares, pero es en Italia y sobre todo en Francia donde encuentran su máxima perfección. Se las llama de tipo Grolier, por ser este el

¹⁹ Sign. 3095.

apellido de un tesorero de los reyes de Francia que vivió entre 1479 y 1565, extraordinario bibliófilo y hombre de gusto exquisito que hizo encuadernar su Biblioteca con esta clase de decoración de arabescos y lacerías con hierros en oro, a las que se unen floroncillos, que asemejan simplificados dibujos de ataurique. Los artistas italianos y franceses ejecutaron obras maestras de una gran variedad de diseños, aun dentro del mismo tipo, que alcanzan hoy precios fabulosos y son el orgullo de los coleccionistas y de las bibliotecas que los poseen. Las lacerías del ejemplar que nos ocupa estaban rellenas de mástic blanco y azul oscuro, del cual se conservan restos en algunos trechos. Hoy, desaparecido el efecto del diferente colorido sobre la piel avellana, no nos queda sino admirar la belleza de la traza.

El libro de Petrus Canisius, *Catholische Gebett*. Dilingen, Sebaldus Mayer, 1575 (Sign. 4-7578) es un ejemplo de encuadernación alemana de placa del siglo XVI en becerrillo sobre tabla. La decoración se ha conseguido a base de entrelazos que cubren todas las tapas, dejando un óvalo central, en el que va impreso un calvario con la Virgen y San Juan a los lados de la Cruz. Es lástima que las cubiertas no estén todo lo bien conservadas que sería de desear.

De procedencia alemana son asimismo las grecas que adornan una serie de libros con orlas gofradas, muy diferentes de las españolas, que han podido ser consideradas como de origen germano por hallarse decorando las cubiertas de pergamino de la *Chronica* de Johannes Aventinus²⁹ ya citada, perteneciente al Sr. Heberlein, que la heredó de sus antepasados. Se puede afirmar que esta última encuadernación es del siglo XVI, pues junto a la orla que vamos a ver existe otra hecha con rueda, en la que aparecen los perfiles de Martín Lutero y Erasmo de Rotterdam, encerrados en un doble círculo, donde consta, también gofrado, el nombre del personaje. Esta rueda es típica en Alemania en la época de la Reforma. Se da la coincidencia de que tres de estas encuadernaciones llevan un grande y bello escudo dorado a manera de super libris. (Lám. XVI). Según don Emilio García Rodríguez, su descripción heráldica es la siguiente:

“Escudo contracuartelado. Boca germánica. 1.º y 4.º Dos calderas forjadas con cuatro sierpes en palo. 2.º y 3.º contracuartelado. 1.º y 4.º de azur, castillo mazonado y aclarado, donjonado de tres home-

²⁹ JOHANNES AVENTINUS: *Chronica*. Frankfurt am Main, Johann und Sigmund Feyerabendt, 1580.

najes 2.º y 3.º De metal, león en color, rapante y coronado. Bordura: de metal, cargada de ocho armiños de sable. Sobre ei todo: Escusón de metal, león de color, rampante y coronado". Si alguien puede dar algún dato sobre el posible poseedor de estos libros le quedaría muy reconocida.

IV. ENCUADERNACIONES BARROCAS (SIGLO XVII)

No pueden compararse en cantidad las encuadernaciones barrocas que posee la Biblioteca Pública de Toledo con las del siglo XVI, pero aunque los ejemplares son más escasos, suple la calidad a la cantidad (Láms. XVII y XVIII). Las cubiertas de libros que van a ver les llamará la atención por el gran dominio que revelan en la técnica del dorado y del trabajo y teñido de las pieles. Francia da la pauta a los demás países con la utilización de los "hierros al punteado", cuya invención se basa en la filigrana de las joyas de aquel período, al igual que en los encajes y puntillas de la época, las de Alensón, principalmente, cuyos diseños se copian en el resto de los países.

Típicas de este tiempo son las llamadas decoraciones de abanicos, que se fabricaban de encajes por sugestión al parecer, de Ana de Austria, princesa española, casada con Luis XIII, que implantó esta moda en el país vecino.

Estas encuadernaciones de abanico se utilizaban en casi toda Europa con una disposición muy semejante en los distintos países, aunque con distinto grado de finura en la ejecución. Las esquinas se adornan con sendos diseños en forma de radial que se unen en número de cuatro en el centro formando un bello florón redondo las más de las veces.

FINAL

Con esta última diapositiva concluyo mi discurso. El asunto de que he tratado me atrajo desde el primer momento de mi llegada a Toledo, pero siempre tareas más inmediatas y urgentes me impedían estudiarlo como hubiera querido. Y ha sido la REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES Y CIENCIAS HISTORICAS la que al elegirme numeraria me "obligó" en cierto modo a lanzarme sobre este tema que tanto me apasionaba. El importante volumen de libros

del siglo XVI y XVII con encuadernaciones de la época, que posee la Biblioteca Pública, hacía necesario un estudio detallado de la colección, que pone de manifiesto otra de las innumerables riquezas de Toledo desconocida por los mismos toledanos. Metida ya en faena trataré de explorar otra Biblioteca que tiene que albergar muestras inestimables del arte ligatorio de pasados siglos: la riquísima de la Catedral compuesta por más de 3.000 manuscritos, que, además, tendrá la ventaja sobre los ejemplares por mí estudiados de estar mejor conservados, ya que no habrán sufrido los trasiegos que ha tenido que soportar la antigua Biblioteca Arzobispal.

Agradezco de todo corazón a la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas el que me haya impulsado a realizar este profundo deseo mío que quizá no me hubiera atrevido a satisfacer, puesto a otras obligaciones más perentorias, sin ser llamada a ocupar uno de sus sillones.

Para todos mi reconocimiento por vuestra asistencia y la paciencia con que habéis escuchado mi discurso. Muchas gracias.

JULIA MÉNDEZ APARICIO

Numeraria

DISCURSO DE CONTESTACION

Excmas. e Iltnas. Autoridades:

Iltnos. Sres. Académicos:

Señoras y señores:

Desde el fallecimiento en 1942 del inolvidable don Francisco de Borja San Román, parecía ya una norma inalterable que en Toledo, los tres organismos que él dirigió durante veintisiete años, la Biblioteca, el Museo y el Archivo Histórico, desglosados luego en tres centros independientes, cambiaran de Director o de Directora con tal frecuencia que, a veces, no daba siquiera tiempo a conocer quiénes eran ni, por supuesto, a que los interesados se sintieran vinculados a su destino oficial. Un año, dos, a lo sumo tres, venía a ser el plazo que los designados para regir estos trascendentes centros culturales solían estar al frente de ellos, para ser rápidamente trasladados a otro.

Cabe suponer por tanto que, pese a la indudable competencia y a la valía de los miembros del Cuerpo, no se encariñasen con su tarea, no llegar a completar una labor fructífera o, al menos, que no la advirtiéramos los toledanos; y a que no pudieran realizar casi otros trabajos que los estrictamente reglamentarios. Sin ampliar su actividad a otros campos culturales, para los que estaban indudablemente vocados y capacitados; sin emprender labores a largo plazo, plazo que no iban a ver terminado en el poco tiempo que iban a permanecer entre nosotros. A ello se añadía, además, la carencia de un local adecuado, estando encerradas la Biblioteca y el Archivo en la parte peor del edificio, monumental como es el Hospital de Santa Cruz, pero proyectado para un fin muy distinto y, por ello, carente de comodidades y hasta de espacio físico.

Pero esta situación de interinidad de hecho, ya que no de derecho; este agobio de espacio y este trasiego constante de Directores fueron solucionados, en parte, al crearse las Casas de la Cultura, sostenidas por el Estado, la Provincia y el Municipio toledanos. Ya era factible tener un edificio amplio y moderno en sus instalaciones, aunque como es lógico en Toledo, conservase siempre un marco monumental. Ya teníamos en perspectiva la solución material para que los que quisieran leer un libro o consultar un documento, no tuvieran que afrontar las incomodidades de antaño. Ya podía pensarse en llevar al nuevo edificio los documentos dispersos y en peligro de perderse, los fondos bibliográficos almacenados en sitios donde nadie los podía leer, entre otras razones porque incluso se ignoraba que existían, salvo por media docena de especialistas.

Pero una obra material, y más aún si tiene proyección directa en el espíritu, no es nada sin el elemento humano. Podíamos haber visto construida una magnífica Casa de la Cultura, sí; pero ésta no podía funcionar por sí sola, ni tampoco hubiera tenido plena eficacia, si se hubiera seguido al ritmo de un Director nuevo cada año o cada dos.

Y aquí fue la gran suerte para los toledanos, que no sé si siempre se aprecia debidamente, porque nos hemos acostumbrado ya a ello. Suerte doble: que la Directora designada en 1959 pensara quedarse entre nosotros, no irse lo antes posible a Madrid o a otra provincia de su preferencia; y suerte también de que esa Directora fuera, precisamente, Julia Méndez Aparicio.

Nacida en León, cursa el Bachillerato en el Instituto de Orense, donde en el verano siguiente, al terminar aquél, obtiene el título de Maestra Nacional. En 1952 se licencia en Lenguas Románicas, en la Universidad de Madrid, obteniendo a continuación el diploma de la Escuela de Documentalistas. Y tras seguir un curso en la Ciudad Universitaria de París, ingresa en 1955 en el Cuerpo Facultativo de Archivos, Bibliotecas y Museos.

Destinada a la Biblioteca de la Universidad de Salamanca, ejerce la docencia en su Facultad de Filosofía y Letras, como adjunta. Y en 1959 consigue el traslado a Toledo y va, sucesivamente, asumiendo los cargos de Directora de la Biblioteca Pública y de la Biblioteca de la Academia de Infantería; del Centro Coordinador de Bibliotecas, creado por concierto entre el Estado y la Diputación; delegada

del Depósito Legal y de la Propiedad Intelectual y Comisaria de Extensión Cultural.

De su actividad en estas tareas os darán rápida idea algunas cifras. Al entrar ella contaba nuestra Biblioteca de Santa Cruz con 5.440 libros modernos y 34.000 antiguos. Y al comenzar el año 1970, tales cifras se habían multiplicado por tres, ascendiendo a 27.589 los libros modernos y los antiguos a 80.000, o sean 107.589 en total. Y no se limita a almacenarlos, sino que auxiliada por el valioso equipo que crea a su alrededor, los cataloga de nuevo, encontrándose por ejemplo con cincuenta incunables desconocidos de todos, por haber sido encuadernados varios juntos y tenerse hasta entonces por uno sólo; o estar erróneamente clasificada o anotada su fecha. No es extraño que el número de lecturas, al facilitarse el acceso al público y el conocimiento de los fondos, se elevara desde 7.245 en 1959 a 28.995 en 1969, o sea multiplicándose por cuatro los asistentes. Idéntica labor realiza en la Academia de Infantería, en los casi 16.000 volúmenes que tiene su biblioteca.

Hemos dicho ya que tuvimos gran fortuna al quedarse entre nosotros Julia Méndez. Y es sin duda doloroso para los que fuimos sus amigos, pero necesario ahora, recordar un caso similar al suyo, cual fue el de aquella ejemplar Archivera que se llamó Mercedes Mendoza. No sé, y sería ocioso hacer cábalas sobre ello, si la labor que hicieron en común cuando consiguieron en 1965 su ansiada Casa de la Cultura y la pusieron en marcha, la hubieran realizado también cada una por separado. Creo que sí. Pero aquella unión entrañable entre ambas, aquella compenetración en el trabajo común y aquella plena, plenísima mejor dicho, dedicación a sus tareas, premiada públicamente con la Encomienda de Alfonso X el Sabio, tareas que aunque fueran distintas acometían siempre juntas y siempre con todo el ímpetu y constancia de que eran capaces, son las causas de que tengamos ahora una institución tan conocida por todos los toledanos, chicos y grandes, que es nuestra Casa de la Cultura. Casa que a sus mismos superiores les parecía excesiva, pero que ellas se encargaron de demostrar que era pequeña. Pequeña porque se había sin duda calculado por los técnicos, con arreglo a meras estadísticas; pero sin tener en cuenta el corazón de las que iban a ponerla en marcha. Y para estos corazones todo era insuficiente; había que llevar allí los libros de la Biblioteca antigua y los de otros depósitos

casi olvidados de todos, pero que tenía bien presente Julia Méndez: había que recoger los fondos, libros y legajos del Archivo Histórico dispersos en los Ayuntamientos, en Hacienda, en el Seminario, en la Junta de Beneficencia, en el Instituto, en donde fuese, y los recogía Mercedes Mendoza. Había que dar conferencias, conciertos, exposiciones, actos culturales de todo tipo; se necesitaba para ello mayor y mejor instalación que la construida, aunque al proyectarla se creyó que bastaba y que sobraba. Pero, repito, no habían tomado la medida adecuada de Julia Méndez y de Mercedes Mendoza, y al poco tiempo resultó evidente que ellas tenían razón.

Falta ya, para siempre, su buena amiga y compañera. Sigue Julia Méndez sola, al frente de su navio cultural, sin decaer en su ritmo y en su afán, con las velas siempre desplegadas para recoger cualquier soplo de viento, chico o grande, estruendoso o humilde, que tenga relación con un horizonte espiritual. Sigue en su despacho del paseo del Miradero (que, entre paréntesis, no suele ser su despacho oficial, pues prefiere sentarse entre sus libros y sus colaboradores) ideando conciertos, trayendo a conferenciantes, organizando ciclos culturales y exposiciones, proyecciones cinematográficas o actos teatrales, colaborando con todas sus fuerzas con cualquier persona o entidad que proyecte usar sus locales para un acto, el que sea, de divulgación, de proyecciones, de charlas. Pues no usa su casona del Miradero para su propio lucimiento, sino que sabe muy bien que ha sido creada para divulgar la cultura entre los toledanos, venga de donde venga la idea o el propósito.

Pero con esto no hemos mencionado más que una parte de su labor, la más conocida de nosotros. Queda otra, quizá más importante: su proyección en la provincia. Provincia donde, al llegar ella, sólo había una docena escasa de conjuntos fosilizados de libros, llamados bibliotecas municipales porque estaban generalmente en los Ayuntamientos y porque de alguna manera había que llamarlos, pero que casi nadie utilizaba porque no tenían locales adecuados, ni bibliotecarios que sirviesen sus fondos, nunca renovados, ni casi libros útiles que consultar. Y aquí es donde Julia Méndez se lanzó también a fondo, con su ímpetu inimitable, contando con el respaldo del Centro Coordinador de Bibliotecas y del Servicio Nacional de Lectura, poniendo también en marcha a la Comisaría de Extensión Cultural. Así van ya creadas 17 bibliotecas, la mayoría construidas de

nueva planta y otras remozadas de tal manera que prácticamente son nuevas también, contando con unos fondos totales de 80.000 libros; están en construcción avanzada otras cuatro más; mas las que pudiéramos llamar "sucursales" de su Casa de la Cultura, que llamamos así porque cubren los mismos y múltiples objetivos, en Talavera, Ocaña y Quintanar, proyectándose ya las de Corral de Almaguer, Yuncos, Sonseca y Mora, cuyos solares ya se han cedido por los Ayuntamientos respectivos.

Siguen a aquéllas las Agencias de Lectura, con menor número de lectores y por tanto con menores fondos también, repartidas por toda la geografía toledana. Suman en total, como dijimos, 107.589 libros los existentes en la Casa de Cultura de la capital (para daros una idea, os diré que esta cifra es análoga a la de la famosa Biblioteca del monasterio de Montserrat) y 79.729 los de las restantes casas, bibliotecas y agencias. Libros que desde luego no reposan inmóviles en sus estantes, pues no han sido colocados allí para eso, sino que son facilitados en la propia biblioteca o a domicilio por bibliotecarios auxiliares, instruidos en su cometido por Julia Méndez, consiguiéndose así, sólo en el último año, 175.000 lecturas. Y, aunque parezca imposible después de enumerar esta labor, todavía ha podido redactar con Mercedes Mendoza los textos del magnífico libro *La Provincia de Toledo*, editado el año pasado por la Diputación, único hasta ahora en todas las provincias españolas, y prepara otro que contenga el catálogo de los valiosos libros antiguos de la Biblioteca Provincial.

Os cansaría, por ser conocidos de todos, deciros ahora los conciertos, las exposiciones, las conferencias, los actos de todo tipo que se han organizado sólo en la Casa de la Cultura toledana desde que Julia Méndez asumió su dirección, que siendo 22 en 1966, eran 119 desde enero a octubre de este año y 350 en total. Todos los conocemos, pues no es ocioso suponer que sus asiduos son en gran parte los que estáis hoy aquí, testimoniando con vuestra presencia el afecto y, a la vez, el reconocimiento que Julita merecía de cuantos, gracias a su eficacia y a su dinamismo, han venido llenando los locales del Miradero, construidos sobre lo que en tiempos del cardenal Mendoza era el lugar más humilde de su espléndido Hospital y que hoy comparten con su gemelo, el Museo de Santa Cruz, los visitantes y la actividad cultural.

Creo, señoras y señores, que es evidente que merecía Julia Méndez el ingreso como Numeraria en esta Real Academia, cuya actividad ha sido siempre el cultivo de todo lo toledano y que hoy ha podido facilitar también en ocasiones sus tareas con el uso de la Casa de la Cultura. Y merecía también, y de ello me congratulo, que los que se han beneficiado con la labor de nuestra bibliotecaria, vengan hoy a testimoniarla con su presencia, su reconocimiento y su aplauso. A decirle que se alegran de que entre en esta Casa, porque saben cuánto hace ella y cuánto se desvive por Toledo y por los toledanos. Es cierto que no nació aquí, sino en León, como Lorenzana. Pero, siguiendo los pasos de su gran paisano, aquí ha realizado sus obras más fecundas. Y por ello y como los toledanos no somos muy inclinados a los homenajes espectaculares, preferimos decirle hoy, de todo corazón y como a una toledana eminente que ya es, decirle, sencillamente, gracias.

JULIO PORRES

Numerario